

Seis Poemas

Harold Alvarado Tenorio

María Jonsdottir

En La Ciudad del Lago Salado
vivió
María Jonsdottir de Ompuhjallur
nacida en las Islas de Westmann.
Steinar de Hlidar
que había conversado
con los reyes de todo el mundo
la conoció a los setenta años
deformada por la artritis
y casi ciega
después de haber atravesado
las Soledades Salvajes.
Pobre, ciega y corva
va por las estrechas calles
sola y sin amigos y sin hogar.
María Jonsdottir de Ompuhjallur
has criado más de una docena de niños
y ya el viento los dispersa por la tierra.
Pobre y ciega
no te quejas del tiempo
esparcidos entre las rocas húmedas
Silencio
canto de segundo estadio
de segunda salida del mar
del tercer germen
de una a quinta ausencia
de una a mil
Ay, olor, no olvido tu palabra sobre el techo del calamar
Ay, grito, no olvido la luz de tus ojos sobre mi columna de
Fuego
Silencio.

Sibelius no canta en mi garganta
y la bestia muestra sus nalgas en la Plaza Mayor de Koppon.

Silencio
así puede recogernos el Gran Capitán y su medusa
esta noche
frente a frente
frente a Gottlan

Dolora

Después de nueve lunas
tu recuerdo vuelve a mí,
tu imagen viene a visitarme.

Quienes te conocieron
supieron de la belleza de tus ojos,
memorables como lapislázuli,
más vivos que las estrellas de la tarde.

Supieron también de tus manos morenas,
como las lunas del recuerdo,
morenas donde luce un anillo de amor
hecho de plata.

Supieron de tus labios
únicos para obligar al recuerdo de los besos,
hechos para decir palabras, que un muerto,
quien escribe,
lleva en su viaje.

Hoy, después de tantas lunas
mi alma vuelve a ti,
fugaz gacela sobre un llano de olvido
pues los criasteis
con esa clase de afecto
que nada teme
ni envidia nada.

Llama

Con las viejas canciones
volvía a la muchacha
de la una de la tarde.

La incansable pianola
repetía un perfume de talco barato,
blusa de colegial y miradas furtivas.
Fueron tiempos donde el insaciable
no hartaba la sed del corazón.

Veinte años después, una mañana,
ese olvidado placer volvió a visitarlo.

Ahora ella tenía veinticuatro años,
hablaba una lengua que ignoraba el bolero;
era color de nieve y una inmensa espiga
coronaba su cabeza.

No se repite la historia, repitió.

Supo, no obstante, que la vida
está hecha de gestos.

Esa mañana, un aire, que venía del tiempo,
había mecido aquella cabellera
deteniéndolo todo.

Cerca de Ekenförde

Sonata
compás de diente de jabalí
timbre de agua
de punto en boca
Silencio
frente al sol de Junio
cerca de Ekenförde
y tus cabellos del color del trigo
donde siempre estás.

Pobre alma, ésta la mía,
que sólo puede ver por tus ojos
los sitios donde le llevaste

Coahuila 60

¿Cuánto hará que viviste
en el número 60 de la calle Coahuila?

La vieja propietaria estará muerta
y ningún huésped podrá saborear,
al desayuno,
nopalitos con clara de huevo.

La ciudad que resta en tu memoria
es mínima: el zócalo, la casa de préstamos,
la muchacha que te llevaba en su coche hasta
el parque de diversiones,
las extenuantes horas de visita al museo antropológico,
las dos focas, con quien gastabas los domingos solitarios.

Queda, más allá de estas cenizas de tus años juveniles,
el viaje por el sur, comiendo en casas campesinas,
conversando con escolares en las plazas de Puebla,
de Oaxaca, de Atitlán, de San José
y los rostros de las muchachas Caribes
al ver tus vellos, las formas de tus glúteos,
la esmerada pequeñez de los órganos genitales
y un sabor: la carne salada y el arroz con coco
que preparabas para un albañil, el mejor mecenas
que hayas tenido.

Ya nunca volverás a Colonia Roma

No sabrás más del regusto por lo mínimo,
lo infinito, la aventura y la solidaridad.

Café Blanche

Creyendo que la mejor cura contra la melancolía
eran esas superficies radiantes y abiertas
fuiste hasta las memorables ruinas
y viste la estatua de basalto
que del cuerpo de Antonio hicieron.
Grecia era el testimonio, bajo esa copiosa
y virulenta luz, de cómo sólo lo externo
tiene propia existencia.
Ética y belleza
eran una y lo mismo.
Tallar el cuerpo era
tallar también el alma.
Curar el odio a sí mismo
era curar la soledad.

De vuelta a casa, liberado ya del pasado,
con aquellas camisas de colores chillones,
tus negros pantalones de tres preses,
tus zapatos puntiagudos y habaneros,
el desnudo pecho mostrando la cadena
de oro macizo y los cinco medallones
entrabas al Blanche y pasabas las noches
bebiendo cubatas y quemando porros.

Todas y todos eran tuyos.
Te enamorabas, sin duda.
Amabas tanto los ritos de la carne,
su lenguaje y sus palabras
que incluso ahora, cuando escribes,
no sientes, tampoco, interés alguno
por el “acto final”.